

a partir de la decadencia del mecenazgo artístico, es abordada con entera fortuna por el nuevo académico, de quien el maestro Conrado del Campo ha hecho en el mismo solemne momento una justa semblanza, elaborando un estudio comparado de los diversos criterios jurídicos que se han seguido en las leyes reguladoras de la propiedad intelectual, que ha sufrido el influjo de las doctrinas políticas y sociales más en boga durante estos últimos años.

Destaquemos, además, a través de la nostalgia que despierta en el músico, la estampa antigua del Teatro Real, las palabras tan sentidas con que nos recuerda la necesidad de perseverar en la creación definitiva, como género, de la ópera nacional española, que nuestra cultura dramática y nuestra solera histórica exigen perentoriamente.

PABLO ALVAREZ RUBIANO.

THE BRITISH UNIVERSITIES, por Sir CHARLES  
GRANT ROBERTSON. Londres 1944.

Es una obra, acaso ejemplar por su contenido, que apareció por vez primera en el año 1929, y ahora, en 1944, ha publicado la segunda edición. Es una breve historia, sin duda excesivamente breve, de las Universidades inglesas. Es curioso observar la ausencia de libros de este tipo de trabajos de investigación sobre temas de tanto interés y tanta importancia. Pero la realidad es patente, y sorprende la casi total carencia de estas obras en contraste con esta breve exposición histórica de las Universidades británicas. Es un libro de contenido histórico más que pedagógico. Desde luego, es bien cierto que apenas podrían hacerse consideraciones pedagógicas en un trabajo de tan corta extensión. En el prefacio nos habla el autor, influído por los datos estadísticos de las modernas propagandas, del contenido de su obra contada en palabras: 30.000. Pero si breve es la aportación, no olvida presentar una interesante relación de sucesos históricos, relatados con una sinceridad y una claridad dignas de atención.

Sir Charles G. Robertson expone interesantes datos y hechos de indiscutible contraste. Y así nos enteramos cómo la antigua vida

universitaria inglesa y escocesa mantienen un curioso paralelismo y una semejanza orgánica, y también cómo dentro del territorio puramente inglés no ha existido vida universitaria ni Universidad en el sentido y concepción europeos hasta muy entrado ya el siglo XIX, en la primera mitad de este lustro. Las dos célebres Universidades inglesas, las dos más antiguas: Oxford y Cambridge, diferían notablemente de las existentes en los restantes países de Europa. La Universidad de más abolengo, la tradicional Universidad inglesa, es la de Oxford, fundada en 1170 y calificada de *studium generale*, fué organizada de manera un tanto primitiva y mantenía cierto parecido con las de igual período en Bolonia y Montpellier. Sin embargo, su organización, su sistema, acaso fuera original, y la *comunidad* de los escolares era realmente muy numerosa. En los siglos XIII y XIV gozó de gran influjo en toda Inglaterra, hasta el punto de constituirse entonces diversos Colegios que observaban en su organización cierto parecido con las entidades universitarias.

Es muy lamentable que el autor describa tan a la ligera un tema de indudable interés, y así resulta que apenas si expone datos sobre el desarrollo de estas Universidades o Colegios que, al parecer, fueron en sí dependencias del *studium generale* matriz de Oxford. Se ocupa después de la Universidad de Cambridge, como Escuela natural de la primera Universidad de Oxford. La ausencia de un trabajo monográfico de alta investigación sobre esta materia nos priva del conocimiento de la evolución de los centros superiores de enseñanza ingleses en este período medieval, al parecer muy diferente al de los países europeos, y que nos explicaría acaso el carácter esencial de las Universidades actuales de Inglaterra.

El origen del *studium generale* de Oxford se supone en la Sorbona de París, y en un primer momento tuvo un carácter esencialmente religioso, de formación teológica. Unos sesenta años después, en 1233, se organizó otro *studium generale*, derivado de la idea ya cristalizada en Oxford. Fué Cambridge. Y es aquí donde queda expuesto por Grant Robertson el hecho sorprendente: hasta los años 1826 y 1836, Inglaterra no cuenta con más centros universitarios. En estas dos fechas señaladas se crean dos nuevas Universidades de organización moderna. Una, de indudable importancia, en Londres, y otra, acaso de tipo secundario en relación con la anterior, en Durham (en 1832). El autor, sir Charles Grant, excelente his-

toriador, pero ajeno a los problemas pedagógicos, no dice nada sobre los motivos y razones de esta extraordinaria evolución. Sin duda fuera trabajo difícil y complejo, y el historiador inglés prefirió el camino fácil de lo superficial en los períodos de gran dificultad para aclarar conflictos históricos; sólo intentó hacer una especie de manual, y en este aspecto lo ha conseguido plenamente, agrupando hechos y sucesos de magnífico interés, pero sin la preocupación de la honda investigación. Las razones de esta evolución de la vida universitaria inglesa acaso se encontrarían en motivos de índole política, religiosa, técnica y pedagógica, amén de otras de especial característica, como son, por ejemplo, la idiosincrasia de su pueblo y la propia evolución de su historia nacional.

Hay, además, en la historia de las Universidades inglesas un factor singularísimo, que, aunque externo, ha ejercido siempre una decisiva influencia. Las Universidades inglesas se deben, en gran parte, a la iniciativa particular. Las Universidades, llamadas generalmente Colegios, no fueron creación de la Iglesia o del Estado, como era frecuente en los demás países. Y así acaso fuera excepción la primitiva fundación de Oxford y Cambridge como creaciones religiosas medievales; su organización especial y característica hace suponer que muy pronto intervino en ellas la iniciativa privada.

Sin duda sea la parte más importante del libro la que dedica al estudio de las Universidades escocesas. Aquel país, pintoresco y noble, poseía ya en el siglo xv tres Universidades: St. Andrews, Glasgow y Aberdeen, llamado también Colegio del Rey (King's College), y fundada hacia fines de este siglo. Tras estas Universidades, anteriores a la Reforma, se fundó más tarde la de Edinburgh, en 1583, por la Municipalidad (Town Council). Por el contrario, las de Aberdeen y Glasgow deben su existencia a unas Bulas del Papa, y la primera de ellas, en su actual forma, es la unificación de dos antiguas Universidades: una del año 1494 y otra creada en 1593, y que entonces se llamó Marischal College.

Las Universidades escocesas fueron esencialmente diferentes a las inglesas. En éstas, las inglesas, no fué nunca el estudio propiamente lo esencial en ellas, sino la vida social, el «ser miembro de una Sociedad», el rezar y jugar en común, el trabajo colectivo. Los exámenes eran más bien pruebas del carácter que exposición de capacidad, y el grado conferido era una admisión solemne en

la Sociedad, en una Sociedad con semejanza a una Cofradía, que pronto perdió su carácter religioso, aunque persistiera el espíritu incluso durante el enciclopedismo de los siglos XVII y XVIII. Hasta tal punto fué así, que este espíritu era tan sumamente aglutinante, este *prejuicio* era tan esencial, que sólo miembros auténticos de la llamada High Church o religión oficial del Estado inglés podían ser miembros del Ilustre Colegio de Oxford, con exclusión absoluta y terminante de los católicos.

Opina el autor inglés que el mero hecho de la diferente organización de los centros universitarios ingleses y escoceses ha influido sobre la distinta evolución de unos y otros. Acaso sea esto cierto. En Escocia no había internados de estudiantes y vivían éstos con entera libertad; tampoco hubo jefe (*head*) ni compañeros (*fellows*). Las capitales escocesas eran centros populosos industriales y comerciales, y la Universidad en ellas fué cosa secundaria, no desde el punto de vista cultural, sino en el aspecto económico y social. Entretanto, Oxford y Cambridge vivían y existían como centros superiores de la Sociedad, con sus Colegios aristocráticos y perfectos. La Universidad escocesa no se ocupó más que de enseñar, sin inmiscuirse en la sociedad ni en la vida de sus escolares. El estudio en los Centros escoceses era relativamente económico, y así las Universidades fueron asequibles a las más humildes clases sociales. Todo era esencialmente democrático y popular, y un espíritu de gran sencillez, de verdadera clase media y burguesía trabajadora dominaba todo. Mientras los profesores escoceses intervenían activamente en la vida política de su país, en Oxford y Cambridge los estudiantes y profesores constituían una sociedad de privilegiados, viviendo casi como extranjeros en unos centros urbanos de escasa importancia como tales.

Después de este análisis de contrastes, Robertson llega a la conclusión de la necesaria reforma universitaria, y apunta la solución en una unificación de ambos sistemas tan contrarios, aunando las ventajas de uno y otro, para crear un nuevo sistema adecuado y perfecto, muy en armonía con las nuevas necesidades de la moderna Universidad. Tras este examen crítico, dice Robertson que el porvenir señalará la posibilidad de esta conjunción, aunque ya puede observarse cierta tendencia hacia tal finalidad.

En la historia económica de las Universidades inglesas, el rasgo principal fueron las donaciones particulares. Ya en la Edad Media

DOCUMENTACION

existían mecenas y benefactores cuyos nombres quedaron en las preces de los Colegios fundados por ellos. Hasta 1920, fecha indudablemente reciente, la participación del Estado en los gastos ha sido factor poco considerable. Precisamente, esta calidad de Centros debidos a la iniciativa privada dióles un carácter de completa autonomía. Sería un interesante estudio jurídico explicar esta motivación. Pero, sin duda, su independiente vida económica y su estructuración social hicieron de estos Centros universitarios organismos de plena autonomía, en contraste con las restantes Universidades del mundo, excepto Norteamérica, donde también son debidas a empresas privadas. Otro estudio interesante es el carácter eminentemente conservador de estas Universidades.

Muy interesante es el capítulo II de este libro, en que estudia la evolución universitaria en el siglo XIX. En 1820, un gran movimiento reformista invadió Inglaterra; un movimiento que apenas ha tenido nombre, pero que echó raíces profundas y rompió un tanto el costumbrismo británico recalcitrante. Estas reformas duran casi todo el siglo, y algunas dieron fin hacia 1914, cuando la guerra europea se presentó inopinadamente como una catástrofe sobre Inglaterra. Es unánime el reconocimiento de un renacimiento universitario en aquella época, consecuencia lógica de las magníficas reformas, generalmente acertadas, del período victoriano. El nuevo sistema filosófico era el Benthamismo o filosofía utilitaria, positivista. La radiación del espíritu inglés era entonces multilateral. Al mismo tiempo, con el sistema de Jeremías Bentham, aparecen las obras de Darwin y un movimiento religioso, cuyo foco radica en la Universidad de Cambridge, el llamado Movimiento Evangélico. Aparecen entonces obras religiosas importantes, como *The Christian Year*, de John Keble, o la *Homiletic Hours*, de Charles Simeón. Junto a estos libros de gran valor, se publica una obra de importancia decisiva y de carácter esencialmente práctico: *Introduction to the principles of moral and legislation*. Las influencias de Keble, Simeón y Bentham se dejan sentir notablemente hasta la misma actualidad inglesa.

Sin reformas espectaculares, los benthamistas han reorganizado las Universidades. En algunas era necesario moderar un exclusivismo exagerado; así, por ejemplo, Oxford y Cambridge no admitían a escolares católicos ni tampoco a los que no pertenecieran a la más alta sociedad. El plan de estudios también debería ser cam-

biado, porque en el antiguo sistema no se explicaban asignaturas como las Ciencias Naturales, durante mucho tiempo perseguidas, ni la Historia política, ni la Historia de la Literatura, ni la moderna Filología. Todo esto fué cambiado sin grandes luchas y con indiscutible éxito.

El renacimiento de las Universidades escocesas fué aún más destacado. En Edinburgh, el historiador Robertson dió gran esplendor a las actividades científicas de toda clase, y hasta la Medicina, durante mucho tiempo descuidada, adquirió gran reputación. Un sano espíritu de renovación, a la vez nacional y popular, dominó en aquellas Universidades, que producían excelentes abogados y médicos, y hasta un gran porcentaje de los ministros de Inglaterra.

Desde el año 1820 se ha emprendido la reforma de la Enseñanza Superior en Inglaterra, hasta entonces muy abandonada. El autor menciona hecho de tanta importancia, pero la brevedad de su trabajo no le permite entrar en detalles.

Lo que dice Sir Charles Grant sobre la situación actual y el porvenir que vaticina es menos interesante. Hay un período de transición y es muy difícil fijar juicios. Se destacan los méritos de las Universidades británicas, sin los que, como se dice, no hubiera sido posible ganar la guerra de 1914 ni conseguir la victoria actual. El autor esboza otra situación importante en el futuro universitario inglés al acentuarse la ayuda económica del Estado a las Universidades.

Es de lamentar la brevedad de este libro. Y sería laudable que este mismo autor, con igual sencillez y claridad, escribiera un nuevo libro sobre materia tan importante más detallado, más amplio, de más seria investigación, que profundice no sólo en el campo puramente histórico, sino en consideración y elaboraciones de tipo pedagógico.